

palabras *Austria* y *Austrasii* para designar la región del Este, el reino y los súbditos de Sigeberto, pero no indica en parte alguna una diferencia fundamental entre los austrasios y los habitantes del reino de Chilperico, ni da á entender que entre unos y otros existiera un odio de pueblo á pueblo. Gran número de germanos habíanse establecido al Norte del reino; por otra parte, era galo-romana en su mayoría la población que habitaba en los alrededores de Reims, Toul y Metz, ciudades pertenecientes al reino de Sigeberto. Este y Chilperico habían recibido la misma educación, y sus sentimientos no debieron ser muy distintos, de suerte que las guerras civiles no tuvieron por causa la oposición entre dos regiones, sino que crearon esta oposición, pues á fuerza de combatir unos contra otros, los habitantes del Oeste y los del Este acabaron por ser enemigos. La rivalidad entre la Neustria y la Austrasia no existía en el siglo VI, pero existirá en el VII y fué una resultante de esas luchas perpetuas (1).



Tumba de Sigeberto

La verdadera causa de la guerra civil en el siglo VI fué la ambición de los reyes. Una pasión única llena el alma de estos príncipes, la de querer aumentar su parte de reino á expensas del vecino. Aparte de esto, existían en cada reino elementos de guerra civil; en cada uno, los magnates piden al rey honores y riquezas, y si éste se los niega, están dispuestos á hacerle traición; de aquí que el rey que quiere guerrear contra su vecino encuentra en seguida cómplices entre estos descontentos. Gontrán y Sigeberto tienen hechuras suyas en el reino de Chilperico, y recíprocamente, y sólo muy de tarde en tarde, comprende alguno de estos príncipes que

(1) Cuando existió esta rivalidad, la Borgoña procuró, por su parte, conservar su autonomía defendiéndola contra neustrios y austrasios. Hacia el año 570 acaeció un suceso que hizo presagiar la futura separación de las tres regiones. En un principio las capitales de los reyes se tocaban en el centro, pero Sigeberto escogió como residencia, en vez de Reims, la ciudad de Metz, la antigua ciudad de *Diodurum*, todavía en tierra romana, pero próxima á las regiones en donde se habla exclusivamente la lengua germánica; Gontrán fué á establecerse en Chalon-sur-Saone, no lejos de las comarcas en donde se instalaban en otro tiempo los burgundios. De este modo se van dibujando poco á poco tres reinos, Neustria, Austrasia y Borgoña, que con el tiempo adquirirán rasgos individuales y característicos. Estos tres reinos consideraron durante mucho tiempo la Aquitania como un anejo que se repartían á su antojo hasta el día en que esta región, sacudiendo el yugo, querrá tener un destino independiente.

va por mal camino; intentando entonces oponer á los magnates una liga ó una alianza de los reyes; pero estos intentos son fugaces, y el desorden aumenta de día en día en cada reino.

Cuando estalló la guerra civil en 573, también fué Chilperico quien dió la señal, arrojándose sobre las ciudades de la Aquitania pertenecientes á Sigeberto y cometiendo durante tres años (573-575) atrocidades depredaciones en aquel territorio. Un hijo suyo, Teodeberto, «incendió las iglesias, hizo prisioneros ó mató á los clérigos, derribó los monasterios de hombres, mancilló las abadías de mujeres y lo devastó todo. Hubo en aquel tiempo en la Iglesia más gemidos que en la época de la persecución de Diocleciano.» Sigeberto, por su parte, hizo un llamamiento á los germanos, y estos bárbaros se entregaron asimismo al saqueo, al incendio y al asesinato, conservando los alrededores de París y de Chartres, durante mucho tiempo, las huellas de su paso. Gracias á su concurso, Sigeberto salió en definitiva victorioso, entrando en París, con menosprecio del pacto de 567, haciendo que allí se le reunieran su esposa Brunequilda, sus hijas y su joven hijo Childeberto, y persiguiendo luego á Chilperico hasta Tournai. Este se vió abandonado por los magnates, que proclamaron rey á Sigeberto, alzándolo sobre el pavés en la *villa* de Vitry (2); pero durante la ceremonia, dos esclavos lograron acercarse al triunfador y asestarle dos golpes de *scramasax* (puñal) en cuyas ranuras había puesto Fredegunda un veneno (575).

## II.—Continuación de las guerras civiles hasta el asesinato de Chilperico (575-584) (3)

Muerto su rival, Chilperico regresó á París. Un señor, el duque Gondovaldo, fiel á Sigeberto, pudo salvar al hijo de éste, niño de cinco años, y lo llevó á Metz, en donde le hizo reconocer como rey el día de Navidad; en cambio Brunequilda y sus hijas fueron hechas prisioneras, siendo éstas detenidas en Meaux y conducida aquélla á Ruán. Las plazas de la Aquitania que pertenecían al reino del Este, especialmente Tours y Poitiers, fueron tomadas por Chilperico.

Chilperico, en extremo poderoso desde entonces, pudo dar rienda suelta á sus caprichos. Este rey es el tipo perfecto del déspota merovingio: la ambición y la sed de riquezas son sus pasiones dominantes, y para aumentar su tesoro agobia á su pueblo de impuestos que se recaudan con el más excesivo rigor; la justicia es para él un instrumento, y sus sentencias recaen principalmente sobre los ricos, cuyos bienes son confiscados; tiene envidia de la Iglesia, á causa de la extensión de las tierras que ésta posee, y suele exclamar: «Ya lo veis, nuestro fisco sigue pobre y todas nuestras riquezas han sido transferidas á las iglesias; sólo los obispos reinan; nuestro poderío ha muerto y ha pasado á los obispos de las ciudades.» Y partiendo de este principio, anula los testamentos hechos en favor de los obispos ó de los abades y revoca hasta las donaciones que su padre les hiciera. Procuráse dinero por todos los medios y vende los obispados al mejor postor, siendo muy po-

(2) Vitry-en-Artois, distrito de Arrás (Pas-de-Calais).

(3) Las mismas fuentes y las mismas obras de consulta que para el capítulo anterior.

cos los clérigos que durante su reinado llegan al episcopado, puesto que ricos laicos, hechuras suyas, le compran el sacerdocio y reciben en un mismo día todas las órdenes de la cléricatura. Chilperico hace la guerra á sus hermanos y á sus sobrinos, ante todo para ensanchar sus Estados y conquistar tesoros. Al mismo tiempo que ávido, es libertino, glotón y bebedor: «En punto á lujuria, dice Gregorio de Tours, es imposible imaginar nada que él no haya en realidad hecho.» Además es muy cruel: á consecuencia de una sublevación de la ciudad de Limoges, somete al tormento á presbíteros, abades y clérigos; y al pie de sus edictos pone esta fórmula: «Si alguno menosprecia nuestro mandato, será castigado con la pérdida de los ojos,» amenaza que se cumple en varias ocasiones.

«Pero, cosa curiosa, este rey tiene ideas que nos sorprende encontrar en aquel tiempo; es un feminista que quiere, contra lo dispuesto en la ley sálica, que la mujer pueda, en ciertos casos, heredar la tierra, y reconoce los derechos de la esposa á la sucesión del marido. Hasta en materias religiosas es innovador: se ha formado un concepto racionalista de la divinidad y no admite que se distingan tres personas en Dios. «¿Qué significan, por otra parte, esas designaciones carnales de Padre y de Hijo aplicadas al Ser Supremo?» Y por escrito ordena que en las oraciones no se haga mención de la Trinidad, sino solamente de Dios, y dice á Gregorio de Tours y demás prelados: «Quiero que creáis de este modo;» pero tiene que habérselas con gente demasiado poderosa, y ante las resistencias de Gregorio de Tours, de Salvio de Albi y de otros prelados, cede. Chilperico pretende igualmente mandar en materias gramaticales y añade al alfabeto cuatro letras tomadas de los griegos para hacer la *o* larga, la *th* sibilante, la *a* y la *w*; estas letras, sin embargo, no están de stinadas á expresar mejor los sonidos germánicos por medio de la escritura, pues Chilperico desprecia la lengua alemana, sino que la reforma se aplica á la lengua latina. Por medio de una circular ordena que se enseñe á los niños á leer con el nuevo método, que se borren con piedra pómez los antiguos manuscritos y que éstos sean escritos de nuevo con las letras adicionales.

Este bárbaro, admirador tan entusiasta de la civilización romana, tiene pretensiones literarias y compone poemas, tomando por modelo á Sedulio, y aunque sus versos, según parece, eran cojos y estaban plagados de faltas de cantidad, esto no fué óbice para que Fortunato celebrara sus talentos poéticos:

*Regibus aequalis, de carmine major habetis.*

«Igual á los otros reyes, tus versos te hacen más grande que ellos.» Hasta compone himnos, letra y música seguramente. Finalmente, como los romanos, es también aficionado á los juegos circenses y hace construir circos en las capitales por él habitadas, Soissons y París.

Por otra parte, es supersticioso, y si no cree en la Trinidad, cree en cambio en presagios, en la virtud de las reliquias y en brujas, y cada vez que comete una maldad procura ampararse bajo cualquiera superchería religiosa. Cierta día quiere arrancar á un enemigo del asilo de San Martín de Tours; para ello redacta una

súplica al santo rogándole que le conceda su autorización y coloca la solicitud sobre el sepulcro de éste, poniendo al lado una hoja en blanco para la respuesta. Cuando viola el juramento que había prestado de no entrar en París, hace ir delante del cortejo numerosas reliquias. Atribuye la muerte de los hijos de Fredegunda á maleficios, y la reina, con su consentimiento, manda prender en París á cierto número de mujeres tenidas por brujas y las hace degollar ó quemar vivas, mientras Chilperico entrega al tormento á su prefecto Mummole, acusado de haber intervenido también en esos crímenes. El mismo rey que ha despojado de sus bienes á las iglesias, siente miedo cuando sus hijos yacen en el lecho de muerte, y esperando salvarlos se muestra prodigo con los pobres y con las basílicas. Es, en resumen, un semi civilizado, corrompido tal vez por la misma civilización, inteligente, pero caprichoso, extravagante, violento y malo. Gregorio de Tours, que en su cualidad de obispo ortodoxo era enemigo de Chilperico, no parece haberle calumniado cuando le llama el Nerón y el Herodes de su tiempo (1).

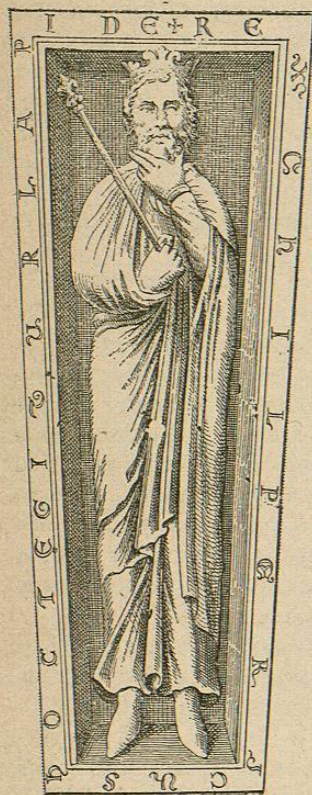
Gregorio, que tan duro se muestra con Chilperico, fué, al parecer, con exceso indulgente respecto de Gontrán, á quien siempre llama el «buen» rey Gontrán; y es porque éste jamás incurrió en herejía, antes bien hizo numerosas donaciones á las basílicas y se mostró siempre deferente con los prelados. La Iglesia le atribuye curaciones milagrosas y el pueblo le quitaba las franjas de sus vestiduras para hacer con ellas amuletos. Además, Gontrán sabía ser generoso, y cuando entraba en una ciudad arrojaba el oro á manos llenas, y era familiar con los mercaderes, en cuyas casas iba á comer de muy buena gana, como irá más tarde Luis XI.

Pero Gontrán tiene las mismas costumbres que Chilperico, los mismos amores con criadas, y en su corte las contiendas de la servidumbre se convierten en contiendas palaciegas; además, es cobarde, no va á la guerra y teme ser asesinado, por lo que se hace guardar por un cortejo de guardias de corps. Poco después del asesinato de Chilperico, estando en la iglesia de París, se dirige á la multitud en estos términos: «Hombres y mujeres aquí presentes, os conjuro á que me guardéis una fe inviolable; no me matéis como habéis hecho con mis hermanos; dejadme que eduque todavía tres años á mis sobrinos, pues de lo contrario no existirá ya ningún vástago de nuestra raza para defenderos.» Y toda la comunidad rogó al cielo que conservara los días del rey Gontrán. Este miedo á la muerte hace que el «buen» rey se vuelva cruel: una simple sospecha basta para que haga perecer á los magnates de su reino; en todas partes teme que se conspire contra la realeza, da aviso á sus hermanos y á sus sobrinos de las conspiraciones que contra ellos se tramaban, y sueña con una coalición de los reyes contra las rebeliones de los señores.

Este monarca miedoso sigue una política pacífica: jamás ataca á sus vecinos, y cuando su situación le obliga á tomar parte en las luchas que tienen divi-

(1) Según Seresia, *L'Eglise et l'Etat sous les rois francs au VI<sup>e</sup> siècle*, Gante, 1888, pág. 139, Chilperico no debe ser juzgado á tenor de los apasionados ataques de Gregorio de Tours; pero si bien es cierto que los juicios de éste no deben ser aceptados sin restricciones, en cambio parecen perfectamente exactos todos los hechos que nos cuenta.

didados a los dos reinos del Este y del Oeste, procura mantener entre éstos una especie de equilibrio y se declara generalmente en pro del partido más débil, cambiando de campo según los azares de la contienda. En un principio, después del asesinato de Galswinto, ha apoyado a Sigeberto contra Chilperico, pero luego abraza la causa de Chilperico contra Sigeberto cuando el rey de Austrasia llama en su ayuda a la horda de los germanos. Ahora que en Austrasia reina un niño débil, le toma bajo su protección y quiere defenderlo a la vez contra el rey Chilperico y contra las usurpaciones de los magnates, asesinos de reyes. Más adelante, cuando Chilperico morirá asesinado, protegerá también al joven hijo de éste contra Childebarto. Esta política interesada acaso contribuyó a la fama de bondadoso que se dió a Gontrán, a pesar de no ser mejor que Chilperico.



Lauda sepulcral de Chilperico

rís, Gontrán-Bosón, malvado y traidor; Ursión y Bertefrido, dos hombres feroces, y sobre todo el duque Rauchingo, el peor de todos. Este último se divertía apagando las antorchas en las piernas desnudas de sus esclavos, y un día, después de haber prometido a un obispo que jamás separaría a un siervo y a una sierva que se habían casado contra su voluntad, les hizo enterrar vivos, metidos en un tronco de árbol.

Enfrente de estos magnates había un corto número de señores que permanecían fieles a la realeza, entre ellos Gogón, gobernador del rey, y Lupo, duque de Champaña. Este partido adquirió gran fuerza cuando Brunequilda, escapada de su prisión de Ruán, después de las más novelescas aventuras (1), regresó a Austrasia.

(1) Su belleza había impresionado profundamente al hijo de Chilperico, Meroveo, el cual se había casado con ella en secreto y había favorecido su fuga. Perseguido por el odio implacable de Fredegunda, Meroveo hubo de hacerse consagrar sacerdote y luego buscar asilo en San Martín de Tours; pero al fin fue asesinado por los sicarios de su madrastra. Por aquel mismo tiempo, Clodoveo, el último hijo de Audovera, se suicidaba en circunstancias misteriosas. Teodeberto había fallecido ya en 575, en la lucha contra Sigeberto.

Los dos partidos que se disputaban el poder seguían en el exterior una política diferente. El realista se apoyaba en Gontrán, que, según hemos visto, era el enemigo de los magnates y temía sus intrigas aun en Austrasia; además, como no tenía hijos, esperaba que el cebo de su sucesión decidiría a Childebarto a hacer causa común con él. Los señores austrasios, a su vez, en odio a Gontrán, se aliaron con Chilperico. Y sucedió que éste, que había hecho perecer a los hijos de Audovera y visto morir a los de Fredegunda, se encontró por un momento sin heredero, con lo que el rey de Austrasia vacilaba entre dos sucesiones y dos políticas.

En un principio triunfaron los amigos de la realeza. Gontrán tuvo una entrevista en Pompierre sur la Mozon, no lejos de Neufchateau, con Childebarto, en la que dijo: «A causa de mis pecados me he quedado sin hijos; pido, pues, que hijo mío sea este sobrino;» y lo sentó a su lado y lo declaró heredero suyo pronunciando estas palabras: «Que un mismo escudo nos proteja; que una misma lanza nos defienda.» Los dos reyes enviaron luego una diputación a Chilperico invitándole a restituir las plazas del Loira que detentaba en perjuicio del reino del Este (577).

Pero a la muerte de Gogón, acaecida en 581, volvieron a prevalecer en Austrasia los magnates, quienes persuadieron a Childebarto de que abandonara la alianza de la Borgoña y se reconciliara con Chilperico, cuyos hijos acababan de morir. Chilperico, a su vez, adoptó a Childebarto diciendo: «A causa del peso de mis pecados no me ha quedado ningún hijo y no tengo más heredero que el hijo de mi hermano Sigeberto, a saber, el rey Childebarto, el cual me sucederá en todo lo que yo pueda adquirir.» Esto no obstante, la realeza tenía todavía algunos fieles, entre ellos Lupo de Champaña, contra quien levantaron un ejército Ursión y Bertefrido. Brunequilda intentó separar a los combatientes: «No cometáis, ¡oh hombres!, acción tan mala; cesad de perseguir a un inocente; no trabéis por un solo hombre un combate en el que perecerán las fuerzas vivas de este reino.» Pero Ursión respondió: «Retírate, mujer; que te baste haber gobernado mientras vivió tu marido. Al presente reina tu hijo, y no bajo tu protección, sino bajo la nuestra está puesto el reino. Retírate si no quieres que los cascos de nuestros caballos te pisoteen.» Brunequilda logró impedir el combate, pero los bienes de Lupo fueron confiscados, viéndose él obligado a buscar asilo en la corte del rey Gontrán.

La alianza entre los austrasios y Chilperico fué de corta duración, habiendo puesto fin a ella una sublevación popular; en efecto, en el momento en que se convocaba el ejército de Austrasia para ir contra Gontrán, el *minor populus* se rebeló: «Apártense de la faz del rey los traidores que venden su reino, que someten sus ciudades a la autoridad ajena y que entregan sus súbditos a otro príncipe.» La multitud se precipitó en la tienda del rey, pudiendo huir a duras penas el obispo Egidio y sus partidarios. Aquel golpe había sido preparado por Brunequilda, y Childebarto, libre ya del yugo de la aristocracia, reconcilióse nuevamente con Gontrán pidiéndole perdón de sus malas acciones (2) y quedando

(2) Acababa de llamar contra Gontrán al usurpador Gondoaldo. Véase la página siguiente.

restablecido el pacto de Pompierre. Por otra parte, Fredegunda daba a luz en aquel mismo tiempo al niño que un día había de ser Clotario II, con lo que quedaron destruidas las esperanzas de Childebarto de suceder a Chilperico en su reino.

Este, espantado por la unión de Gontrán y Childebarto, retiróse a Cambrai, al extremo Norte de sus Estados, llevándose consigo sus tesoros. Más adelante, cuando Childebarto partió para Italia, volvió a París; pero una noche, al regresar de Chelles en donde había cazado, un hombre le dió dos cuchilladas mientras se disponía a apearse delante de su palacio (584).

584 El historiador llamado Fredegario insinúa que Brunequilda fué la autora del crimen, lo cual es poco verosímil; otros pretenden que Fredegunda quería hacer desaparecer a su marido a quien engañaba, pero es lo cierto que con Chilperico perdía su protector y su apoyo. La misma Fredegunda acusó del asesinato al cubiculario Eberulfo, que fué a refugiarse en San Martín de Tours, en donde con su conducta desordenada causó no pocos sinsabores a Gregorio.

### III.—Historia interior hasta la muerte de Gontrán (593) y de Childebarto (596). Rebelión de los magnates (1)

Inmediatamente después del asesinato de su esposo, Fredegunda se refugió con su hijo en la iglesia de Nuestra Señora, y al tener noticia de que Childebarto avanzaba ya sobre Metz, envió mensajeros a Gontrán: «Que mi señor venga y reciba el reino de su hermano; tengo un hijo pequeño que deseo poner en sus brazos; en cuanto a mí, sométome humildemente a su dominación.» Gontrán, fiel a su política de equilibrio, respondió a este llamamiento y los magnates reconocieron al joven Clotario é hicieron que las ciudades prestaran juramento en su nombre y en el de Gontrán. Por otra parte, el rey de Borgoña mostróse benévolo con todos, reparó las violencias cometidas por Chilperico, dió numerosos bienes a las iglesias, declaró válidos los testamentos que cedían tierras a los obispados y a los monasterios y distribuyó presentes entre los pobres.

Childebarto recordó sus pactos a Gontrán, pero éste pudo contestar con razón que los austrasios habían sido en otro tiempo infieles a la palabra empeñada, les mostró el pacto que habían firmado con Chilperico y se negó a entregarles a Fredegunda y aun a devolverles las ciudades de Tours y de Poitiers. Los magnates de Austrasia, nuevamente congraciados, Egidio, Gontrán-Bosón y otros, protestaron en una asamblea que celebraron con Gontrán y en la cual se cruzaron agrias frases; y cuando se fueron, el rey mandó arrojarles excrementos de caballo, paja, heno podrido y barro. Un episodio sin-

(1) FUENTES.—Gregorio de Tours falleció probablemente en 17 de noviembre de 594 y su historia de los francos no llega más que hasta 591, a partir de cual fecha tenemos como fuente principal una crónica que Claudio Fauchet atribuyó en 1579 a Fredegario Escolástico, nombre que todavía no se sabe de dónde proviene. Esta crónica, cuya parte original abarca desde 584 a 642, fué escrita en Borgoña por diversos autores. El pseudo Fredegario ha sido editado por Krusch en los *Scriptores rerum merovingicarum*, tomo II. La crónica ha sido estudiada muy detalladamente por Gustavo Schnurer, *Die Verfasser der sogenannten Fredegar-Chronik*, en los *Collectanea friburgensia*, fascículo IX. Consúltense las mismas obras anteriormente indicadas.

gular, la rebelión de Gondoaldo, obligó, sin embargo, a Gontrán a aproximarse a su sobrino.

Gondoaldo era bastardo de Clotario I y su madre lo había confiado a su tío Childebarto I, que no tenía hijos: «He aquí a tu sobrino, el hijo del rey Clotario; como su padre le odia, recógelo tú porque es carne tuya;» pero Clotario reclamó al niño y le hizo cortar las largas trenzas, declarando que no era hijo suyo. Gondoaldo, después del año 561, trasladóse a la corte de Cariberto y luego a la de Sigeberto, quien por segunda vez le cortó la cabellera y lo tuvo en Colonia sometido a vigilancia; mas habiendo logrado escaparse, pasó a Italia, en donde fué acogido por el general bizantino Narsés, se casó, tuvo hijos y finalmente partió para Constantinopla. Allí vivió durante largo tiempo tranquilo y retirado, hasta que un día recibió la visita de Gontrán-Bosón, quien le decidió a que hiciera valer sus derechos sobre el reino merovingio, con lo que Gondoaldo con-



Moneda de Childebarto II. (Oro.)

virtióse en instrumento de los señores austrasios y del rey Childebarto, en aquella sazón sometido en absoluto a la aristocracia. ¿Debemos creer que el emperador de Oriente, Mauricio, favoreciera su empresa queriendo por este medio restablecer la autoridad imperial en la Galia? Las pruebas que se han aducido en apoyo de esta opinión no parecen concluyentes: en efecto, cuando Gondoaldo llegó a la Galia, no llevaba tropas ni escolta. La reconciliación de Gontrán y Childebarto (583) aplazó las esperanzas del pretendiente, que se retiró a una isla del Mediterráneo.

El asesinato de Chilperico, la protección otorgada por Gontrán al joven Clotario II y el rompimiento del rey de Borgoña y de Childebarto, impulsaron a Gondoaldo a intentar nuevas aventuras. Abandonó entonces su retiro y se reunió en Aviñón con el patricio Mummole, que, habiendo caído en desgracia de Gontrán, se había refugiado en aquella ciudad. Todos los señores descontentos, todos los que habían cometido alguna fechoría, como el duque Didier de Tolosa que acababa de robar los tesoros de Rigonta, hija de Chilperico, juntáronse a ellos, y muy pronto el Mediodía se halló en plena rebelión; las ciudades se declararon en pro de Gondoaldo y en contra de Gontrán y de Clotario II, y el pretendiente fué elevado sobre el pavés, de donde por poco cae, mientras por tercera vez le paseaban por la asamblea, se apoderó de Angulema, de Perigueux, de Tolosa y de Burdeos, y nombró a los obispos, duques y condes.

Gontrán, temeroso de que Childebarto se aliara con Gondoaldo, se reconcilió con su sobrino y le denunció la tentativa del usurpador como una empresa acometida por los magnates contra la autoridad real, proponiéndole oponer a la conjuración de los señores la de los reyes. Por tercera vez le adoptó y declaró su único heredero poniéndole una lanza en la mano: «Esta es la insignia por la cual te entrego todo mi reino; en lo sucesivo puedes considerar como tuyas todas mis ciudades.» Después de esto, llamóle aparte y le murmuró al oído